

EL ESPEJO DE TINTA •

JAVIER LIZAGA
Teruel, 1980



El vicio de escribir le llevó a licenciarse en Periodismo e incluso aplicarlo (TVE, Heraldo, Radio Zaragoza o actualmente en Aragón Televisión). Le apasionan los idiomas (ciclos completos EOI de Italiano e Inglés), la imagen (máster internacional de fotografía) y la enseñanza (máster Educación y Comunicación en la UAB). En 2016 superó el doctorado cum laude en la Universidad de Valencia. Este año ha ganado el Primer Concurso de Relato Breve de los Comerciantes turolenses.

Pensar es un problema. Podría haberlo dicho cualquiera en algún momento. En esos días en que la cabeza no te deja dormir, en que te preguntas qué harás mañana, o si merece la pena hacerle caso al despertador o simplemente porque recuerdas que quien duerme a tu lado hace unos años era un absoluto extraño. Podría haberlo dicho cualquiera, pero lo escribió Deleuze. Realmente no sé si lo escribió así pero resume que, para él, pensar es un instante problemático, que da pie a lo que llamaba la diferencia. No somos, sino que diferimos de nosotros mismos, sostenía. La idea es magnífica, cómo si cada vez que aprendemos algo nos alejamos de nosotros mismos. La niña que aprende a contar, el joven que aprende que amar es exponerse o el hijo que asiste a un entierro. Todos son un poco más ellos mismos, un poco más la persona que construyen y, sin embargo, se alejan de lo que fueron, de sus convicciones y disgustos, que parecen un poco más pequeños, ligeramente más lejanos.

De pronto, ya no somos esa esencia que parecía custodiada en nuestro interior como una cáscara guarda su nuez, cuya perfección y estado depende de quien va abriendo a golpes o con delicadeza esa rugosa protección. Deleuze cambia el movimiento y nos pide mirar hacia fuera en lugar de hacia dentro. Ya no buscamos dentro de nosotros mismos, el juego ya no consiste en descubrirnos. Nos parecemos más a una mariposa. Pensar como un movimiento de impresión, pliegue y expresión. Como si el mundo exterior nos acariciara como el viento a una mariposa, unos roces que dejan marcas, unas huellas que sólo nosotros podemos leer. Comprenderlas es entender que algo nos ha marcado y nos hace diferentes, expresarlo es el último paso del pensamiento. Como aprender a aprovechar las nuevas corrientes de aire para trazar distintos vuelos, y sin querer, dejar de ser la misma mariposa.

Andrés no entendía de Deleuze pero sentía que las vigas de madera eran las que mejor resumían su vida. Cada día parecían incorporar una nueva grieta. Aunque, al mismo tiempo, uno tenía la impresión de que siempre habían estado allí. A él que las había lijado y pintado, que conocía cada recoveco, como las señales de heridas pasadas en sus manos, a él, le parecían una curiosa manera de expresar cómo pasa el tiempo. Sabía que se hacía viejo porque ya no le gustaba tirar sus camisas. No es que no le gustase estrenar alguna, como esa verde de pana que le entregó su nieta seis días después de Reyes, pero que para él fue una navidad completa. Le costaba tirar su ropa. Sólo si estaba rota, muy rota y después de usarla en el huerto, accedía a no ponerla, aunque la guardaba en un arcón. Cada vez



PEDRO BLESJA JARQUE. Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

subía más al granero. Discutía consigo mismo si no había algo de voluntario, se decía que era un idiota sentimental, pero, al final, siempre volvía a abrir el armario donde estaban las blusas de Carmina. A veces lloraba, a veces no, pero siempre se estremecía. Se ahogaba. La echaba de menos. Siempre había estado sólo pero desde que la enterraron supo que había perdido la mitad de las sonrisas y que iba a echar de menos hasta sus reprimendas.

(...) Menudo susto, estaba tan metida en la historia del viejo que no me he dado cuenta de que esta tía del asiento de al lado se ha quedado dormida, “disculpe”,

¿qué cara le he tenido que poner?, joder tengo que controlarlo, aunque también me gusta, cuando alguien hace una pregunta estúpida, dudas como responder y la cara habla antes que tú y te delata, y te dicen eso de “vaya cara me has puesto”, al principio me avergonzaba pero cada vez me hace sentir más cómoda, es autodefensa anti falsedades cotidianas, casi tan cómodo como esta señora, jaja, tiene pinta de inmigrante, vendrá de cuidar a algún abuelo o de limpiar, o igual no, igual soy yo que tengo muchos prejuicios... si bueno muchos prejuicios pero esa mujer tiene pinta de cansa-

da... y vaya pintas, ¿mis padres serían así?, cuando llegaron a Madrid, en la carpintería papá y ayudando a las monjas la mamá, lo cuentan con cariño pero si se volvieron es porque lo debieron pasar mal, bueno también podían echar de menos el pueblo, también yo lo echo de menos y mi habitación, ya vale..., otra vez esa sensación de ahogo, joder, al final, siempre acababa aguantando las lágrimas y eso no le gustaba, esta tarde la clase iba a estar genial, además en nada puedo ir, pero ¿para qué? Estoy cada vez más lejos de allí. Mis amigos... vaya pollo con Cristina, joder, si sólo le había dicho

que si estaba loca con eso de casarse, ¿es que no piensan en otra cosa? Que si la casa, que si así o asá... y yo ni novio, a ver si iban a tener razón las maleducadas esas, joder, no paraban de insultar a todo el mundo solamente por no ser como ellas, pero en alguna cosa tenían razón, toda la vida con la matraca de que la felicidad es estar casada, todas las historias igual, para ella la felicidad era esa sensación de inmensidad, de sol y calor cuando acababan las clases y empezaba el verano en el pueblo, joder otra vez, y faltan todavía 20 minutos, aun puedo leer más, casi me lo acabo, queda una página...

Siempre había estado sólo pero desde que la enterraron supo que había perdido la mitad de las sonrisas y que iba a echar de menos hasta sus reprimendas. ¿Qué hubiera pensado si supiera que ahora se había aficionado a esos “majaretas americanos” que ella adoraba y él criticaba? Seguro que se hubiera reído de él, lo hubiera mirado divertida y le hubiera dicho: “ya, ya... así que leyendo a los que eran más pastosos que el dulce de membrillo”. En el fondo, le encantaba que ella removiera sus ideas. Por eso, le seguía hablando a ratos, todos los días, como si todavía estuviera allí, como si fuera uno de esos personajes de las novelas de Vargas Llosa o Cortázar.

Sólo le faltaba algún libro. Lo tenía todo empaquetado. Por una vez, él iba a ser quien desapareciera, como esas cigüeñas del campanario. Estaba cansado del mismo horizonte amarillo y las mismas montañas. Echaría de menos el olor del espliego pero podía reproducirlo con sólo cerrar los ojos, eran muchos paseos por el monte. Desde luego, no se iba a ir a la residencia, y a la ciudad menos. No quería causar problemas pero tampoco rodearse de viejos quejosos. Había recuperado la carta de su amigo Gregorio. 40 años sin contestarle. Igual estaba muerto. O igual no. Ir a buscarlo a la Guinea Española sería una aventura. Loca sí, pero él había hecho muchas locuras. Ella lo sabía, ella se hubiera reído y le hubiera apretado fuerte la mano.

(...) Joder no podía ni leer tranquila, pero ¿cómo me llega un mensaje si estoy en el metro? Ah estamos en una estación,... mamá... a saber qué querrá... lo leo después, bueno total, ya que he parado, lo leo ahora, a ver qué quiere... pero si tenía que estar trabajando ahora... a ver si es algo importante, no creo, a ver... LLÁMAME CUANDO PUEDAS. ¿SABES ALGO DE TU ABUELO? LUEGO TE CUENTO.